

5° Grandes frutos que se siguen en la Iglesia de esta devoción al Corazón de Jesús.

No menos laudable es la devoción al Sagrado Corazón por sus muchos y copiosos frutos espirituales, tanto para las almas como para la Iglesia; razón por la cual los mismos Romanos Pontífices le han tributado *reiteradas y grandes alabanzas*, instituyeron una fiesta en honor del Corazón augustísimo del Redentor, que luego la extendieron a toda la Iglesia, y tomaron la iniciativa de dedicar y consagrar solemnemente todo el género humano al mismo Sacratísimo Corazón.

Ante todo, si se considera su naturaleza peculiar, este culto es el acto de religión por excelencia, puesto que supone una plena y absoluta voluntad de entregarnos y consagrarnos al amor del Divino Redentor, cuya señal y símbolo más viviente es su Corazón traspasado, al mismo tiempo que reclama imperiosamente la correspondencia de nuestro amor al Amor divino.

Además, este culto ha producido en todas partes una real y efectiva renovación espiritual en la vida cristiana, favoreciendo innumerables conversiones a la religión católica, reavivando vigorosamente la fe en muchas almas, conduciendo a numerosísimos fieles a una mayor unión con nuestro amantísimo Redentor, moviéndolos a alcanzar todas las virtudes que pueden contemplarse en un Corazón tan amante, y llenándolos de consuelos sobrenaturales.

*Finalmente, ante la actual inundación de los vicios, y frente a tantos males como hoy trastornan profundamente a individuos, familias, naciones y orbe entero, ¿dónde podría hallarse un remedio más saludable que el culto del Corazón de Jesús, que responda mejor a la índole propia de la fe católica, que satisfaga con más eficacia las necesidades espirituales de la Iglesia y del género humano? Por eso, **cuantos se glorían del nombre de cristianos y combaten por establecer el Reino de Jesucristo, han de considerar la devoción al Corazón de Jesús como bandera y manantial de unidad, de salvación y de paz.***

Conclusión.

Para que la devoción al Corazón de Jesús produzca más copiosos frutos de bien en la familia cristiana, procuren los fieles unir a ella estrechamente **la devoción al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios.**

La Santísima Virgen María estuvo inseparablemente unida con Jesucristo, por voluntad de Dios, en la obra de la Redención, tanto que nuestra salvación es a la vez fruto de la caridad y los padecimientos de Jesucristo, y del amor y los dolores de su Madre. Por eso, el pueblo cristiano, que por medio de María ha recibido de Jesucristo la vida divina, después de dar al Corazón de Jesús el debido culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial parecidos obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación.

Encíclica «Haurietis aquas» Sobre la devoción al Sagrado Corazón

En 1956 se cumplían los cien años de la extensión de la fiesta del Sagrado Corazón a la Iglesia universal. Para conmemorar este acontecimiento, publicaba el Papa Pío XII, hace ahora sesenta años justos, la Encíclica «*Haurietis aquas*», con la que quería asentar con su autoridad pontificia los fundamentos revelados de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y estimular a todos los fieles católicos a adoptar, practicar y seguir difundiendo esta tan saludable devoción.

En la presente Hojita de Fe nos limitaremos sencillamente a presentar las principales ideas que el Papa desarrolla en dicha Encíclica, con la finalidad de que sirvan de incentivo para nuestra devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el día de su fiesta, y a lo largo de todo el mes de junio que le está dedicado.

El Papa Pío XII comienza la Encíclica afirmando que el culto al Sagrado Corazón de Jesús, ya tan universal y cada vez más fervoroso, es un don inapreciable que nuestro Salvador divino, único Mediador de la gracia y de la verdad entre el Padre Celestial y el género humano, ha concedido a la Iglesia, su mística Esposa, en el transcurso de los últimos siglos.

1° Fundamentos del culto al Sagrado Corazón.

Acto seguido, el Papa fija su mirada en aquellos católicos que estiman que la devoción al Sagrado Corazón es, ya una devoción facultativa entre otras, ya un culto oneroso e inapropiado para nuestro tiempo, ya una devoción sensiblera más propia de mujeres piadosas que de gente seriamente culta. Contra semejante parecer, Pío XII afirma reiteradas veces en la Encíclica que dicha devoción está profundamente anclada en la Revelación divina, tanto en la Escritura como en la Tradición, y también en los escritos de los Santos Padres y Doctores.

1° Por lo que al ANTIGUO TESTAMENTO se refiere, es patente que las Escrituras, tanto de Moisés como de los demás Profetas, describen continuamente las relaciones existentes entre Dios e Israel, con semejanzas sacadas del amor recíproco entre padre e hijo, o entre esposos. Este amor de Dios, aunque se indigna por las reiteradas infidelidades del pueblo de Israel, se nos manifiesta como tierno, indulgente y sufrido, vehementemente a las veces, siempre sublime, siendo así el preludio de aquella muy encendida caridad que el Redentor prometido habría de mostrar a todos con su amantísimo

Corazón, y que iba a ser el modelo de nuestro amor y la piedra angular de la Nueva Alianza.

*2° Por su parte, el NUEVO TESTAMENTO, más que en el Antiguo, se manifiesta claramente como un pacto fundado, no en la servidumbre o en el temor, sino en una generosa **efusión de la caridad divina y de la gracia**; pero con una característica peculiar, y es que en él el amor de Dios ya no reviste sólo una forma espiritual, sino que, además de la caridad divina, comprende los sentimientos más variados del afecto humano. Y ello se debe a que el Verbo de Dios, de quien se habla en los Evangelios, en las Epístolas y en el Apocalipsis, no revistió un cuerpo ilusorio y ficticio, sino un **verdadero cuerpo humano**, y por ende estuvo provisto de un **corazón físico**, en todo semejante al nuestro, dotado de todos los sentimientos que le son propios, y entre los cuales predomina el amor.*

Todo fiel católico ha de sostener, por consiguiente, que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpité de amor y de todos los demás afectos sensibles hacia los hombres.

2° Contemplación del amor del Corazón de Jesús en los Evangelios.

Pío XII pasa luego a considerar brevemente las principales manifestaciones del amor del Verbo encarnado, y, por lo tanto, los variados latidos de su Sagrado Corazón, tal como aparecen en los Santos Evangelios.

*1° En la **concepción de Cristo** podemos ver ya la primera manifestación de ese Corazón divino, cuando llevado por el amor de su Padre y de nuestras almas, se ofreció al Padre eterno como víctima de redención y de propiciación.*

*2° De manera semejante palpita de amor su Corazón cuando, **en la casita de Nazaret**, mantenía celestiales coloquios con su dulcísima Madre y con su padre putativo, San José, al que obedecía y con quien colaboraba en el fatigoso oficio de carpintero.*

*3° Este mismo triple amor movía a su Corazón **en su continuo peregrinar apostólico**, cuando realizaba innumerables milagros, resucitaba a los muertos o devolvía la salud a toda clase de enfermos; cuando soportaba el sudor, hambre y sed, y en las prolongadas vigiliadas nocturnas pasadas en oración ante su Padre amantísimo; en fin, cuando daba enseñanzas o proponía parábolas, especialmente las que más nos hablan de la misericordia, como la parábola de la dracma perdida, la de la oveja perdida y la del hijo pródigo.*

*4° Pero en donde más se manifiesta la fuerza de los latidos del Corazón divino, es en el momento insigne de **su pasión**, en que dio a los hombres sus más preciados dones: a Sí mismo en el sacramento de la Eucaristía, a su Madre Santísima al pie de la cruz, y su santo sacrificio en el don perpetuo de la Eucaristía. Y como muestra de que tanto amor brotaba de su Corazón humano, quiso el Salvador que ese Corazón fuera rasgado y traspasado por la lanza del soldado, revelándose entonces su Corazón abierto como la fuente de los dones divinos.*

*5° Ya sólo faltaba una manifestación insigne del Corazón de Jesús, esta vez ya glorificado: y fue el inmenso don del Espíritu Santo **el día de Pentecostés**, y de la Iglesia, nacida el mismo Viernes Santo de ese mismo Corazón traspasado.*

3° El Sagrado Corazón de Jesús, símbolo aptísimo del amor divino.

Era muy natural, después de todo lo dicho, que la devoción de la Iglesia y de las almas fijara su atención en el *Corazón de Jesús* como en el órgano visible del amor del Dios hecho hombre, y que este culto pasara a constituir la *forma más genuina del culto católico*; y ello por dos motivos:

1° Ante todo, porque el Corazón de Jesús, siendo la parte más noble de su naturaleza humana, *está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo* de Dios, y por eso se le ha de tributar el mismo culto de adoración con que la Iglesia honra a la Persona del mismo Hijo de Dios encarnado.

2° Y luego, porque su Corazón, más que ningún otro miembro de su sagrado Cuerpo, es el *más apropiado signo o símbolo natural de su inmensa caridad* hacia el género humano.

*Es, ante todo, símbolo del **amor divino** que en El es común con el Padre y el Espíritu Santo, pero que en El, «en quien habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col. 2 9), se manifiesta por medio del frágil velo del cuerpo humano. Además, el Corazón de Cristo es símbolo de la **ardentísima caridad** que constituye la preciosa dote de su voluntad humana, y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa. Finalmente, el Corazón de Jesús es símbolo de su **amor sensible**, pues el Cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva, a todos los demás cuerpos humanos.*

4° Historia del culto al Sagrado Corazón.

Una vez considerados, a la luz de la Sagrada Escritura y de la Tradición, los elementos constitutivos de esta devoción tan noble, podrán los cristianos apreciar mejor la singular importancia que el culto al Corazón Sacratísimo de Jesús ha adquirido en la liturgia de la Iglesia, en su vida interna y externa, y también en sus obras.

Es cierto, dice por dos veces Pío XII, que ni las Sagradas Escrituras ni los Santos Padres hacen mención explícita del Corazón de Jesús como símbolo del amor de Dios tan claramente manifestado. Nos encontramos ahí ante una de esas verdades que el Espíritu Santo ha querido desarrollar a lo largo de la vida de la Iglesia, haciendo brotar este culto a partir de las más genuinas fuentes de la Revelación, al modo como el arbusto de mostaza sale de la semilla.

Para ello, el Espíritu santo se valió de varios y preclarísimos santos, entre los que cabe citar a San Buenaventura, San Alberto Magno, Santa Gertrudis, Santa Catalina de Siena, el beato Enrique Suso, San Pedro Canisio, San Francisco de Sales, y San Juan Eudes, autor del primer oficio litúrgico en honor del Sagrado Corazón de Jesús. Pero, entre todos los promotores de esta excelsa devoción, merece un puesto especial Santa Margarita María de Alacoque, la gran confidente del Sagrado Corazón, por la que El quiso implantar y divulgar en la Iglesia tan fecunda y bienhechora devoción.